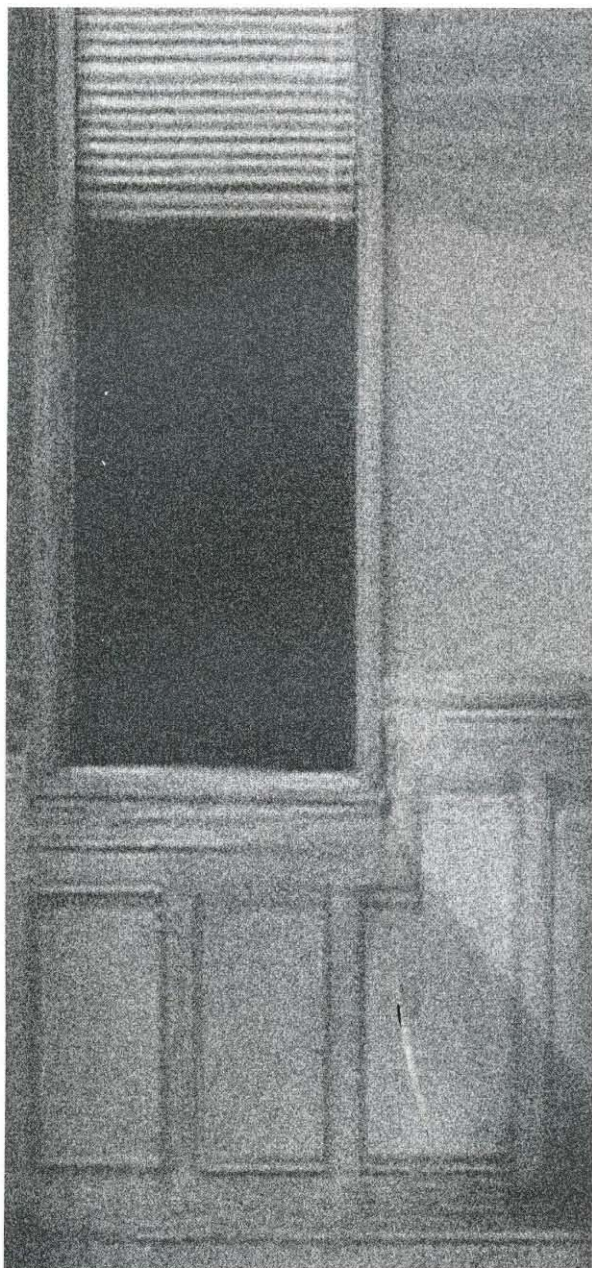


SIETE DEDOS



I

Joaquina, relajada al brazo secular por el santo tribunal de la Inquisición y a quien esa noche iban a quemar viva por hereje, se mostraba tranquila.

“¡El fuego, madre!”, le decía Fabián, el rapazuelo que acarrebaba agua para las celdas.

“¡Bah!”, contestaba ella “¡con este resfriado, no hay de qué preocuparse! ¡Mejor, que ni oler puedo!”

Y reía la anciana, hasta que la tos le cortaba la risa.

“¡Resfriados estamos los más, madre!”, meneaba la cabeza Fabián y miraba a Joaquina de reojo.

Sólo al ir aproximándose la hora mostró ésta cierto nerviosismo. Doblaron las campanas.

Los corchetes conducían ya al grupo de relapsos que precedía al suyo hacia las piras, en medio de las burlas y también el sobrecogimiento de la plebe.

Fabián se persignó.

“Ahora usted, madre”.

Ella irguió la cabeza.

“Cuanto antes”, murmuró, pero su voz temblaba, aunque el semblante lo mantenía sereno.

De pronto, sus ojos se abrieron, con espanto.

“¿Y el verdugo? ¡No es él! ¡No es él! ¡No es él!”, chilló, “¡No es este hombre! ¡Era moreno y bajo!”

“¿Qué más da uno que otro?”, escupió un oficial “¡Apura!”.

Pero tuvieron que arrastrar a Joaquina, que gritaba, se debatía, y pateaba, al lugar del suplicio.

“¡Traed al otro! ¡No es éste!”

“¡Hija, cálmate, hija! ¡Confía en el Señor!”

“¡No es éste! ¡Es otro! ¡Es otro!”

A la cabecera de la cama, la mujer del verdugo con el que Joaquina había convenido unas monedas para que la estrangulara antes de que las llamas la alcanzasen, le cuidaba el catarro que la misma Joaquina le había contagiado.

II

El doctor Andrade consiguió finalmente soltar las ligaduras con las que los salvajes lo habían amarrado. Se frotó las muñecas. Llevaba nueve días en poder de los jíbaros, y éstos lo habían sometido a ingeniosos suplicios, que detenían siempre antes de matarlo.



Andrade ahogó un sollozo.

Notaba la piel de las mejillas, de la frente, tirante.

“¡Nueve días al raso, la humedad! ¡No es de extrañar que escueza!”, musitó.

Se deslizó sin ruido fuera de la choza. El indio que guardaba la entrada se había adormilado.

Andrade fue hasta él y lo derribó de un fuerte golpe, con un leño, en la nuca.

“¡Te deseo que no despiertes nunca!”

Se internó en la espesura. Su conocimiento de la jungla lo mantuvo con vida.

A la tercera noche encontró el río, y dos noches después el mísero poblado junto a una factoría.

Le asombró que los hombres lo miraran con el horror pintado en sus semblantes. Sabía que su aspecto debía ser penoso, pero no mucho más que el de los otros con los que se cruzaba.

Y, sin embargo...

Un sudor frío le cubrió la frente.

Alzó la mano, pero no la encontró bajo los dedos.

Descendió rápidamente.

Retorcido en un grito, se palpó las orejas, los pómulos, el cuello.

Sobre los firmes hombros, la espalda poderosa, el amplio pecho, le habían reducido la cabeza.

III

A dos mil metros de profundidad en la sima oceánica, ya casi sin oxígeno, Eva Löften, atleta, bióloga, escritora, afamada submarinista, aguarda la llegada de la muerte.

Sabe que el cable que conecta la campana neumática con el barco se ha roto sin remedio, y no hay manera de izarla hasta la superficie. No le queda más aire que el atrapado en la burbuja, y que se vicia rápidamente. Pronto no será sino anhídrido carbónico. No tiene luz. El frío empieza a insinuarse. Pero no le preocupa: mucho antes acabará con ella el aire envenenado.

“¿Está aún ahí?”, pregunta con acento firme.

“Aquí estoy”, le contesta la voz en el auricular.

Solamente le espanta que esa voz deje de escucharse; quedarse sola.

“¿Estará hasta el final?”, pregunta.

“No piense usted en eso”, le responde la voz. “No debe darse por vencida”.

Eva sonríe amargamente.

Empieza a marearse.

“Queda poco”, musita.

Aquí y allá se encienden en su retina destellos de colores. No hay saliva. La boca sabe a óxido. Siente que el cuello, blando, no es capaz de aguantar la cabeza.

“¡Eva! ¡Conteste usted!”

“Ya, casi. Ya. Ya casi. Pero usted no se vaya”, consigue pronunciar.

Hay un tirón. Eva ha perdido la consciencia.

La campana se tambalea. Vibra. Y sube.

Un diminuto submarino de bolsillo ha conseguido engancharle otro cable.



Cuando abren la escotilla de la cápsula, a bordo ya del buque, ha pasado una hora.

Eva Löften vive todavía.

Tras la descompresión, su primera pregunta es por el oficial de radio.

“¡No hubiera conseguido soportarlo, de no ser por su voz!”

El capitán y el jefe del equipo se miran, extrañados.

“¿Qué voz, señora Löften?”; parpadea el segundo. “El cable se partió. La comunicación quedó interrumpida desde el primer momento”

IV

En un apartado callejón de la ciudad de Londres, cierto carretero, que iba con retraso a recoger su carga, golpeaba con tan inusitada violencia al caballo que mister James Abercrombie, baronet, a quien la casualidad había conducido al desierto paraje, se vio en el caso de llamar severamente su atención.

Soliviantado el carretero, y por toda respuesta, descargó el mango de su látigo sobre la frente del baronet, con la mala fortuna de que el golpe lo mató en el acto.

Asustado, el carretero decidió esconder el cadáver debajo del estírcol de su establo, confiando en que el humus lo descompusiera sin llamar la atención de sus vecinos.

A media noche, le pareció oír voces. Se vistió, bajó las escaleras y pegó la oreja al portón, donde escuchó, distintamente: “Fue mi amo”.

En esto resonaron contra la puerta de la calle fuertes golpes.

El hombre corrió a abrir.

Cuál no sería su miedo cuando vio, de espaldas a la puerta, a un policía.

“¡Confieso! ¡Lo confieso!”, gritó.

El agente de la ley se dio la vuelta.

En su frente, sobre la piel exangüe, se abrió una brecha idéntica a la que el mango del látigo le hiciera al baronet.

Aullando de terror, el carretero apartó al policía y corrió calle abajo.

Desde los soportales, las aceras, rostros inexpresivos se volvían hacia él, según pasaba.

Todos ellos herida la frente, el hueso al descubierto, en él, una hendidura; y, escapando por ésta, la masa de los sesos.



V

El marido celoso le puso a la puerta de casa a su mujer, que padecía un vértigo invencible, un espejo vuelto hacia el cielo.

Ella no salió más.

Hasta que un día la angustia del encierro se le hizo demasiado pesada. Conteniendo el aliento, apretados los puños y los párpados, la mujer cruzó el umbral fatídico.

Como era de esperar, se despeñó por el cristal.

Cuando el marido regresó esa noche no la encontró al principio, mas de pronto la vio en el dormitorio, definitivamente fuera de su alcance, asomada al espejo, frente al que lo mantiene, desde entonces, el vértigo.

VI

“Tardará por lo menos tres días en morir”, oyó, como entre brumas, la voz del hombre que lo había capturado. Lo encontraron en lo alto de la sierra, en mitad de la noche. El mestizo y el otro, un rústico chaparro que no abría la boca y lo miraba como si se tratase del diablo.

Sin contemplaciones lo derribaron, le amarraron las muñecas a los tobillos y se entretuvieron golpeándolo hasta cansarse. Luego, el mestizo se puso a cuatro patas y tanteó por el suelo.

“Aquí hay uno”, gruñó.

Lo desnudaron.

Clavaron cuatro estacas en la tierra endurecida por el relente, le soltaron las manos y los pies, y se los ataron de nuevo a éstas, estirándole los miembros.

“Tensa bien”, dijo el mestizo, y le propinó una fuerte patada en el costado.

Después, embadurnaron con miel sus ojos, sus oídos, sus fosas nasales, la boca, por debajo de los labios, y el resto de los orificios de su cuerpo.

Hecho esto, se sentaron a esperar.

Había merodeado por la cerca algo más de una hora, hasta asegurarse de que la mujer estaba sola.

Luego escuchó el motor del camión.

Encontraron su rastro y lo siguieron en la oscuridad, a través del páramo.



Les llevó toda la noche y un día, sierra arriba. Cuando por fin cayeron sobre él tiritaba de frío.

Ahora tenía la piel adormecida.

“Ya amanece”, oyó, como entre brumas, al mestizo. “Tardará por lo menos tres días en morir”.

Trató de concentrarse. “Tiempo sólo”, pensó “y el tiempo pasa”.

Si se aferraba a esta idea, si se imbuía de ella, al menos le pondría un límite al suplicio.

“Nada es eterno”, dijo; y esto le consoló.

Imaginó que el episodio ya había terminado.

Imaginó que ya era el cuarto día.

Vio su propio esqueleto blanco, pelado, seco, inmune al sufrimiento; y la liberación.

Entonces sintió el primer mordisco.

VII

El faraón ha muerto.

Los sacerdotes han lavado su cuerpo. Han vaciado sus entrañas, dejando en el lugar que éstas ocupaban bálsamos y perfumes. Todo está ya dispuesto: la cámara, adornada con pinturas, que un mecanismo sellará en cuanto depositen el sarcófago sobre el macizo bloque de piedra desbastada preparado para recibirlo. El carro de combate. El de paseo. La lanza. Los efectos personales. Alimentos. Bebidas. Ropa. Afeites. Todo cuanto el Gran Rey pueda necesitar en su viaje al otro mundo lo acompaña.

Ha llegado el momento de extraer, por medio de un alambre curvado, a través de los orificios nasales, el cerebro.

El sacerdote encargado de esa función engancha el lóbulos, y tira.

Fuera de la pirámide se produce un ligero temblor.

El embalsamador tira con suavidad una vez más.

La arena que circunda las mastabas se estremece.

Un último tirón, y el cerebro sale por la nariz.

Al mismo tiempo, el mundo del exterior es absorbido, como si lo tragase un indescriptible sumidero.

(Somos conscientes de haber manipulado los datos en cuanto se refiere al embalsamamiento dentro de la pirámide, etc.; pero ¿habría otra manera de contarlo?)

Federico Volpini. 20 de febrero de 1952. Tiene publicados dos libros de cuentos: *Panta rei* (Ed. Libertarias/Prod-huffi. 1992) y *Las horas del gato* (Ed. Libertarias, 1986); una novela para jóvenes: *El enigma del caballero en el espejo* (Ed. Alfaguara. 1996); y es coautor de: *Diseño de programas en radio. El guión radiofónico* (Ed. Paidós. 1995).

Guionista de cine, radio y televisión, en 1998 obtuvo el Premio Italia de Radio, en su modalidad de ficción dramática, por “Los herederos del tiempo”. Ha dirigido en RNE, Radio Tres, el espacio “El Ojo de Ya Ve”, de cuyo título empieza a arrepentirse. Actualmente es director de Radio Tres, en RNE.

“Siete dedos” es una muestra de *siete relatos mínimos*.